

## CONDUCTA Y EXPERIENCIA

Luis María Ravagnan

---

El análisis de la conducta humana en la multiplicidad de sus manifestaciones, constituye una de las posibles vías de acceso al intrincado núcleo de la estructura psíquica. Pero es indudable que dicho análisis se produce en una determinada situación, lo cual supone la vigencia de factores histórico-sociales inherentes al momento en que ocurre el comportamiento y la actitud asumida por el sujeto con respecto a estimaciones valorativas. Pero ocurre que tal exploración permite instaurar un esquema en el que se consignan los rasgos semejantes que contribuyen a una elaboración conceptual de la compleja instancia que denominamos personalidad.

Sin duda alguna dicho procedimiento revela una tendencia generalizante en función de razonamientos inductivos. Más no sabemos hasta que punto tal programación metódica podría concluir satisfactoriamente, desde el momento que la inducción se cumple en virtud de analogías y, particularmente, según un registro operado sobre un conjunto donde no se agotan la totalidad de los casos. Por consiguiente, la proyección operada a partir de esa muestra significa una aventura. Aventura similar a la que describe Bernard como el riesgo más temible de la inducción incompleta recuérdese aquel inglés que desembarco en Francia y al observar que la mesonera era pelirroja escribió en su libreta de viaje: "Las mujeres de este país son pelirrojas".

Bien sabemos que el examen de la conducta constituye, en buena medida, un procedimiento de naturaleza objetiva. Por el contrario, la exploración subjetiva, merced a la introspección, si bien en ocasiones aporta datos de interés, corresponde a la intención original asumida por el sujeto con *un* fin específico, sin olvidar el peligro de una posible deformación en virtud de múltiples factores inherentes a su equilibrio emocional.

¿Que revela la observación de las distintas conductas? Revela la vigencia de una serie de manifestaciones con sentido destinadas al ajuste o adaptación ante los estímulos del mundo físico y movimientos en los que están incluidas todas las áreas de la estructura personal, sean biológicas, mentales e interpersonales. Es indudable que tal ajuste o adaptación esta orientado a la restauración del equilibrio amenazado, amenaza que puede obedecer a factores tales como el timbre, el ansia de libertad o de poder, limitándonos aquí a situaciones polares dentro del amplio repertorio motivacional.

Es indudable que cuando se generalizan estos datos se pretende lograr una sistematización de las formas de expresión que conciernen a ciertos grupos humanos en suposición estadística. Pero es evidente que al margen de la norma existen características peculiares que aluden a otras estructuras personales con perfiles

irreductibles, por cuanto podrían estar referidas a instancias propiamente individuales, al margen de toda tipificación y que revelan distintas connotaciones de la condición humana.

Cabria preguntarse si el resultado estadístico, en función de semejanzas, permite elaborar una concepción de la personalidad o son formas de manifestación de ciertas conductas susceptibles de sufrir variantes significativas, variantes que nos incitan a sostener, con algunos tratadistas, que "la personalidad es aquello en virtud de lo cual un hombre se distingue de los otros hombres".

En la elaboración meramente conceptual de la estructura personal se consigna que ella es la totalidad de factores étnicos, genéticos, embriológicos y constitucionales, sin excluir la gravitación de las contingencias físicas y sociales que inciden en su intrincada configuración. Llegados a esta situación crucial, es preciso discriminar entre una actitud inductiva y universalizante y los matices irreductibles de la personalidad individual con sus específicas formas de comportamientos objetivadas en el contexto social. En suma, estamos frente a una caracterización general de la personalidad que resume el conjunto de notas comunes en cuanto a su integración y constitución y, por otra parte, frente a la personalidad individual, que si bien en ciertos aspectos se ajusta a aquél esquema, ofrece no obstante variantes especialmente referidas a su estructura singular, es decir, a una entidad intransferible en la que se desarrollan procesos inherentes a su singular diferenciación y a las experiencias y significaciones adquiridas en el curso de vida. En todos los casos, las características que hemos señalado se tornan manifiestas en la conducta como término y emergencia de los elementos implicados. Por otra parte, la expresión impresa en el comportamiento puede ser auténtica o inauténtica, porque si bien el hombre es persona, en ciertas situaciones es personaje, instancia esta que solamente tiene vigencia en el ámbito social, ya que nadie es personaje en el aislamiento; en consecuencia, ser personaje es un modo de aparecer que podría estar en pugna con los genuinos perfiles de la individualidad.

¿Como es posible penetrar en el núcleo íntimo del ente singular y en sus experiencias a través de la conducta? Si están en juego la simulación, la identificación, la inhibición o el refugio; si mas allá de la expresión objetivada late una zona intrapersonal ajena a la exteriorización, los datos expuestos en el comportamiento resultan alterados y precarios, anulando, en buena parte, la indagación exhaustiva. No obstante, prescindiendo de ciertos casos en que se esta frente a estructuras personales abiertas y sin control, se advierte en general la presencia de una limitación en la tarea de aproximación al centro íntimo individual, lo cual nos obliga a formular nuevos planteos a propósito de las cuestiones referentes a la comunicación.

Recorriendo las primeras páginas del libro de R. D. Laing *The Politics of Experience (s)*,

nos encontramos con una serie de observaciones sobre la cuestión referente a las relaciones interpersonales que nos incitan a formular serial pautas correctivas en el desarrollo mismo de la labor psicoterapéutica. La lectura de dichas páginas nos llama a la meditación en torno a las relaciones comunes entre conducta y experiencia, insistiendo en los impedimentos que anulan el encuentro y penetración recíproca entre los seres humanos. Con esta finalidad, afirma Laing que, si bien es factible para un observador asistir a la conducta del otro, ello no implica que pueda descubrir su experiencia. Sin lugar a dudas, existe una relación evidente en la medida que la conducta del otro es una experiencia mía y, a la vez, mi conducta es una experiencia que pertenece al otro, lo cual denota una distorsión entre ambas experiencias. Si precisamos con mayor claridad, podemos agregar que ese prójimo es un observador de mi conducta y de esa conducta mía posee una experiencia, pero nunca podré lograr un saber acerca de la experiencia que el ha logrado de mi comportamiento.

En contraposición, es lógico consignar que el otro tampoco conocerá la experiencia que ha acontecido en mi con respecto a él. De donde se deriva una patente imposibilidad de abrazar las experiencias recíprocas, es decir, que lo que yo experimento acerca de él resulta incognoscible para el y lo que el experimenta de mi es incognoscible para mí. Más explícitamente apunta Laing: "La conducta de la otra persona es una experiencia mía y mi conducta es una experiencia del otro. Se trata de una relación espacialísima entre experiencia y experiencia. Usted ve mi conducta pero yo nunca captaré la experiencia que logra de mí y menos aun la experiencia que poseo de usted... Solo lo experimento como experimentante y me experimento a mi mismo como experimentado por usted".

Este extraño y alienante resultado pone de relieve que desde ese punto de vista somos seres invisibles, puesto que lo que acontece en cada uno es una incógnita para el otro que integra el ámbito social. La única realidad es que ambos nos experimentamos como experimentantes, como meros observadores-observados, por donde tal relación, lejos de establecer un *encuentro* entre sujeto y sujeto, mejor aun, el encuentro de dos subjetividades, denota un distanciamiento donde esa posible relación sujeto-sujeto se transforma en una situación objeto-objeto y, en consecuencia, el resultado concluye en el precario saber de que cada uno es experimentado por el otro.

Si el hombre se configura, de tal modo, como un ente invisible en el ámbito de las relaciones humanas, podríamos preguntarnos cuál es el destino y significación de la labor psicoterapéutica que debe estar centrada, primordialmente, en el posible *re-encuentro*, según la enunciación de Buytendijk, porque la comunicación es, en última instancia, una interrelación de experiencias, descontando que en este caso se enuncia, además, una grave preocupación sobre el genuino sentido de la transferencia y la

contratransferencia.

No cuesta mucho advertir que estas enunciaciones plantean un serio problema epistemológico hasta tanto fuera dable, a través de quienes participan en la sesión psicoterapéutica en una determinada situación socio-histórico-cultural. Entretanto, apunta Laing, "necesitamos conceptos que indiquen a la vez la interacción y la interdependencia de dos personas, miembros de un reducido grupo social, que nos ayude a comprender el enlace entre la propia experiencia de cada persona y su propia conducta dentro del contexto que alude a la relación entre ellas".

De otro modo, establecer un juego de analogías es retornar a un tipo de interpretación donde las propias experiencias constituirían el único caudal de categorías puestas en función para la comprensión recíproca, categorías que, indudablemente, pertenecen a cada repertorio individual de vivencias.

Existe una referencia innegable en los contactos humanos donde no puede descuidarse la implicación y el sentido patentes entre conducta y experiencia y aun entre los diferentes sistemas que corresponden a cada estructura personal. Quizá en el seno de la situación Yo-Tú, en su forma de manifestación más cumplida, se llegue a lograr sin residuos una nueva posibilidad de interpenetración que facilite el redescubrimiento de cada hombre y, en consecuencia, una más clara visión de sus instancias invisibles que habrá de surgir de un mayor ahondamiento en la compleja relación existente entre conducta y experiencia.

*contre (\*\*)* ha señalado que el hombre está en el mundo no como una conciencia testigo sino como una conciencia comprometida. Este compromiso se encuentra patente en el encuentro que debe ser interpretado, según su fisonomía existencial, como posible vía de realización de un mundo interhumano.

En el encuentro que se pone de manifiesto la revelación de dos subjetividades que se interpenetran, ajenas a toda dialéctica, ajenas a toda distorsión dialéctica, centradas, antes bien, en una intuición ontológica, de apertura y comunicación. Revelación del tu por el mi y del mi por el tu en el nosotros.

#### **Notas**

\* LAING, R. D.: *The Politics of Experience*. London. Penguin Books, 1968.

\*\* BUYTENDIJK, F.J.J.: *Phénoménologie de la Rencontre*. Paris. Desclée de Brouwer, 1952.